

El Hombre malo.

"La anarquía no es lo que dicen los autoritarios: la anarquía es lo que dicen los anarquistas." - Federico Elvales.

Era mi vecino. Vivíamos en un refo solar situado al rededor de la ciudad, allí en la barriada donde habitan los menesterosos y los de modesta condición social. Mi vecino se llamaba Tito; de estatura alta y fornidos músculos, de ojos azules y radiantes como un lago veneciano y poblada barba que solía acariciarla con sus mercedosas manos, de cabellera abundante y ondulada que flotaba al aire como una bandera. Privada entre los 45 y 50 años; de carácter taciturno, apenas se cambiaba el raldudo con el vecindario. Los chiquillos del barrio le temian miedo porque sus madres le arustaban con el "hombre malo", apurodo con que

2. / tildaban a Zito. En verdad que Zito,
con su viejo y ancho sobretodo, su som-
brero de copa alta y grandes alas y el
grosso bastón que usaba, era un indi-
viduo extraño y algo misterioso.

Nadie visitaba su cuarto, pero el ve-
cindario, que siempre trató de averiguarlo
todo, había descubierto que "el hombre ma-
lo" tenía, en su cuarto, numerosos libros y
periódicos, leía y escribía en las noches,
porque en el día estaba trabajando en un
taller de mecánica; por eso, muchas veces,
el alba del siguiente día le sorprendía le-
yendo un libro o escribiendo algunas cues-
tillas.

Estas noticias despertó en mí, deseos
de trabar amistad con mi extraño veci-
no.

Una tarde en que paseaba por las calles
mi desesperación de obrero sin trabajo,
vi a Zito frente a la puerta de una fábrica
de tejidos, rodeado de muchos obreros de
ambos sexos. Acérqueme al grupo y oí a
Zito que decía:

3 / ¿Qué sois vosotros? - Débiles quina por
humanos, que flotáis a merced de las des-
medidas ambiciones de los señores del in-
dustrialismo: si os agitáis, es a voluntad
de los caeques de las bandas políticas; sois
juguetes o sois escarnio, vendidos y veneni-
dos por los mangoneadores de la República;
creéis, a pies puntillas, en los sofismas y
las mistificaciones que propelan los lu-
ras, los eternos embaucadores y parásitos
que vienen subvirtiendo, a través de los
siglos, para perpetuar el misterio de re-
fabrada religión y el ultracurantismo.

Os llaman ciudadanos, como en
otros tiempos se llamaba a los indigen-
tas, a los desheredados de la tierra y del
patrimonio social, siervos o esclavos.
Vivís en la Soledad sin derechos alguno, pe-
ro sí con muchos deberes. ¡Ah! Sí: ten-
éis un derecho forzoso: el derecho al
trabajo, al trabajo ininterumpido, del
que se aprovecha, con gran perjuicio, el

4 / pararritismo social.

"El trabajo, hecho un dogma de la democracia, es un derecho reconocido, es un derecho de claridad para quienes trabajan. Por eso, los moralistas, los poetas rampantes y los economistas de la democracia triunfante, que cantan loas al trabajo, se libran de ejercerlo.

"También tenéis el derecho de elegir representantes que, desde el parlamento o el Poder, os harían bajar la cerviz aún más, remediando, por medio de leyes liberticidas, las mohosas cadenas de credulidad e ignorancia, que entran en vuestra independencia, que coactan vuestro pensamiento, sois demasiado confiados, o sois incapaces para defender vuestros propios intereses; delegáis en otros vuestra personalidad, vuestra dignidad, y creéis que los mendicantes de vuestros pueden hacer vuestra felicidad.

"Lo leo en vuestros pálidos semblantes, en vuestro físico encorvado y encorvado, lo aburrido y cansado que estáis con el famoso

5 / y decantado "derecho al trabajo". Y, sin embargo, estáis conformes con esa vida de angustias y miseria que lleváis. El plagiario, turbio y errante cristianismo se ha infiltrado en vuestro espíritu, y vuestro mauredumbre nada tiene que envidiar a la resignación humillante del bíblico Job.

"En tanto vuestro decaimiento moral, que os arrastráis en vez de caminar erguidos, con la dignidad del hombre libre que lleva mucha luz en su cerebro; os arrojáis con los rayos luminosos del Sol esplendente y magestuoso que se destaca en oriente, precedido de una hermosa aurora libertaria. Parecéis búhos habituados, eternamente, a huir de la luz y morar en las sombras de la noche.

"Espartaco, el valiente Espartaco, libertando a sus compañeros de cadena, os arrieta: y Bruto, el generoso Bruto, elevando el puñal en el pecho del tirano, os horripila."

— Uno de los que componían el grupo de oyentes, dirige a sus compañeros: vamos: este mafadero es anarquista, no le

6/ hagamos caso.

Tito, con voz energética, como para sobrepoderarse a la multitud, exclamó: esperad un momento, hijos del trabajo. Yo también soy, como vosotros, un vencido en el diario bregar por la existencia; Soy un agobiado por los años de rudo trabajo que he soportado desde mi infancia."

Los obreros rodearon nuevamente a Tito. Una mujer, casi una niña, preguntóle: ¿cierto que es el d. anarquista?

La répunte, rotunda, valiente y afirmativa, no se hizo esperar.

"Sí soy anarquista, dijo. No estoy conforme con el actual estado de cosas, y por eso me he rebelado contra él. La ciencia y la filosofía racionales, son canales por donde se clarizan mis energías y mi pensamiento. Busco la luz, que es abstracción y experiencia. Del estudio de la Sociedad y sus contrastes, he deducido que

7/ La Sociedad tiene una vida de ar-
tificio, una vida desorbitada, que
no es humana, que no es racional,
que es injusta y opresora. Sé que
ninguno de los partidos políticos, ni
mucho menos las sectas religiosas
pondrán la equidad económica, la
libertad integral del individuo, en
la Sociedad. Estoy convencido de
que el remedio a esos contratos so-
ciales está en el ideal anarquista, en
la filosofía anarquista, filosofía
de verdad, que propela la igualdad
social y económica. Por eso soy re-
divulgador, por eso amo y profeso la
anarquía, doctrina o ideal filosófico-
social que aspire a establecer una
nueva sociedad de bienestar para to-
dos y de entera libertad individual."

Un obrero, algo indignado, excla-
mó: ustedes odian a los que nos dan
trabajo, a los que, de algún modo,
nos proporcionan los medios de
vida. Además, dicen que ustedes

8 / odian a los ricos porque no pueden ser tales.

Y el "hombre malo", lleno de dulzura y benevolencia, repuso:

La Anarquía no es doctrina de odio, sino de justicia y armonía. Los anarquistas amamos la Verdad, adoramos la Belleza, queremos conquistar la igualdad de condiciones económicas para todos, queremos la igualdad de los sexos y que el hombre y la mujer, libres de artificios y convencionalismos, se amen y se unan libremente. Nuestro ideal se ha hecho en nosotros, sentimientos nobles y modos de acción dignificadores. Nuestro ideal se contrasta con las pobreza y penurias de todos los desposeídos de todo bienestar, se horroriza con los males sociales que producen las viciosas instituciones vigentes y que afligen y rebujan a la gran mayoría humana.

La extrema miseria y la opulencia,

9/ la ignorancia y el trabajo actual,
son morbos contingentes de todas
las clases sociales, morbos que
generan muchas enfermedades
fisiológicas, morbos que atrofian
el cerebro y relajan la moral indivi-
dual y colectiva.

Y cuando, en la amplitud radiante
y pírvida de nuestro sagrado amor a
nuestro ideal, algo choca con nuestra
culta conciencia, hiriendo nuestra
suscceptibilidad exquisita, atornada
por la deformidad de la vida so-
cial, entonces surge en nosotros el
odio, no como una enfermedad
patológica, sino como una necesidad
natural y lógica, como la eclación de
un alto y nuevo concepto de la justicia
aclamación: del de

los que viven

de la dicha

que nuestro odio

relanzadores — que son abstraccio-
nes — rebaten en algo subjetivo, en sus
representantes, ya que, de estos, recibimos

10 / directamente, sus insultos y tropelías; y, con sus leyes liberticidas, su arcaica economía política, su incongruente moral de resignación y de amor al trabajo esclavizante y enervado, que mantiene al pueblo en la más completa esclavitud y degeneración física y moral.

- Un chiquillo delgado derecho, de cara pálida y hombros levantados, interrumpió al orador, diciéndole: mi papá me ha dicho que los anarquistas son asesinos y unos envidiosos y no quieren que haya ricos ni quien mande.

El viejo guardián de la fábrica, con su voz ahuecada y tímida, como el alarido de un perro encadenado y hambriento, agregó: no solamente matan a los que gobiernan las naciones, sino que, cuando arrojan sus mortíferas bombas, matan a seres inocentes e inofensivos, a obreros como nosotros, a quienes los anarquistas dicen defender.

Ésto, en oratoria calmada y suave, carraspeado, exclamó:

"Pobres creyentes en las difamaciones y engaños de los escritores mercenarios que adulan y defienden a las clases directoras

"Sí, es verdad. Un anarquista, Cayetano Rossi, mató a Umberto I, rey de Italia; otro

11/ anarquista, Radovorskiy, eliminó al conquinario jefe de policía, Falcón; otros muchos recurrieron al hecho personal.

"Pues bien: hay un principio científico aceptado universalmente: "no hay efectos sin causas, como tampoco hay causas sin efectos". Escudriñad la historia de esos atentados, urgad sus antecedentes, y veréis que ellos obedecieron, siempre, a un período de activa violencia ejercida por los mandones y sus secuaces; veréis que los atentados personales tuvieron su origen en un exceso de tiranía y de crímenes que contaron con la impunidad y el aplauso de los señores del mando y la riqueza.

'Ved la hermosa y próspera ciudad con sus numerosas y grandes fábricas, sus amplios y surtidos almacenes comerciales, sus bien provistos mercados, sus magníficos palacios señoriales, sus extensas avenidas, el rápido cruzar de tranvías y demás carruajes; todo demuestra que la vida en la ciudad, es alegre y placentera, que la riqueza es abundante y que el colmo de la felicidad parece que ha llegado a todos los habitantes, aunque, en la realidad, tanta belleza y tanta riqueza, tengan sus notas discordantes y sus coloridos grises y negros.

12 / De pronto sobreviene una grave perturbación económica motivada por un juego de bolsa de los especulantes de la banca, del comercio o de la industria. Varias fábricas paralizan sus labores. Miles de obreros ambulantes por las calles, desocupados y hambrientos. La carencia de la vida se hace insuportable. Los jornales de los que aún tienen donde vender sus fuerzas, han bajado. Y, harte vosotros, tejedores, que tenéis la suerte de seguir trabajando, llega esta aguda, agria e insostenible situación. Una segunda rebaja en nuestros salarios, os hace recurrir a la huelga.

Como una clamorante protesta contra la hambruna y la escasez de trabajo, el enorme ejército de desposeídos de fortunas, se une a vosotros. La huelga se hace general. Cientos de miles de proletarios recorren las calles, agitando la encarnada bandera de los parias de la tierra, carentes de derechos. Por las calles se escuchan las rufiantes voces de los que piden pan y trabajo. La vetusta Sociedad de los afortunados, se commueve en sus bases moral y económica. La prensa mercantilista que defiende los privilegios de los burgueses, principia, con su habitual campaña de tergiversar los hechos, a condenar

3 / a los obreros que han roto las cadenas de la cobardía y que defienden su derecho a la existencia.

La manifiesta solidaridad de los obreros, agiganta sus energías que se transforman en un heroico movimiento reivindicativo. El gobierno, siempre incapaz para resolver, equitativamente, estos conflictos, recurre a su acostumbrado método de represión violenta. La soldadesca, dócil al mandato de sus jefes, dispara sus fusiles sobre la muchedumbre reunida en una de las plazas públicas. Imposible querer describir, detalladamente, el cuadro de dolor y muerte que han hecho los sicarios del gobierno. En la plaza quedan tendidos multitud de hombres, mujeres y niños, encharcados en su propio sangre. Los soldados pasean, triunfantes, por la ciudad, luciendo sus ensangrentados cables que caían sobre los cuerpos de los que corrían escapando de la muerte cerrada por los fusiles. Las cárceles ~~se~~ se llenan de obreros; la rebeldía de las maras es sofocada por la tiranía desenfrenada del gobierno prepotente, que así sirve al bien y a la confianza de los señores que provocan estas crisis económicas.

14/ Poco a poco después, los obreros vuelven a sus trabajos, vencidos y humillados y con el hambre, siempre, en sus hogares.

Pasó algún tiempo de este horrible massacre. Y, del pueblo, surge un hombre que, resuelto y arrastrado por su pasión a la justicia, a era justicia no estampada en las muertas letras de los códigos, sino palpitante en todo corazón noble y recio, cargando una bomba o armado de un puñal, se lanza contra el principal responsable de esta matanza: ¡revés, revés, capaces de condenarlo, denigrándolo con el epíteto de asesino?

—Y como si el noble sentimiento de justicia, innato en todo ser no depravado, despertara en sus conciencias, todos los que rodeaban a mi extraño vecino dijeron bravamente: ¡no, no!

Pues bien — dijo Tito — así han sucedido todos los actos individuales hechos por anarquistas, quienes, al proceder así, lo hicieron porque sus delicados sentimientos, su refinada cultura y la fortaleza de sus nervios, se sobrecopieron de espanto al presenciar tantos crímenes cometidos por autoridades y gobiernos; crímenes sin rousión ni castigo algunos, porque

15 / la justicia actúa el es justicia de dase,
er justicia venal y corrompida.

"La anarquía no manda matar: ella
es doctrina de libertad y de armonía so-
cial. Los que recurren al atentado parricidal,
lo hacen por su amor a las buenas causas del
pueblo y como protesta contra los crímenes e
injusticias que se cometen por los potentados
gubernantes y los privilegiados del dinero. Así
procedieron desde remotos tiempos, otros seres,
que nada tuvieron de anarquistas, como
Judith al degollar a Holofernes por libertar
a su pueblo; Bruto, ennobleciendo el punto
en defensa de la pudorosa Lucrecia y por li-
bertar a Roma de la tiranía de los Tarqui-
no. ¿Que, al estallido de la bomba arrojada
por el anarquista, mueren seres inocentes?
¿Acaso los patronos al clausurar sus fábricas
y dejarlos sin trabajo por convenir a sus intere-
res, tienen en cuenta las necesidades nues-
tras y las de vuestras madres, de vuestras
esposas y sus pequeñuelos? El gobernante

16 / ¿siente conmiseración alguna cuando
manda matar a los hambrientos que,
por medio de la huelga, piden mejoras en
sus estrechos económicos?

" Ved el cielo negro, borrero; las nubes pre-
ñadas de agua y energía eléctrica; se desen-
cadena la tempestad, se suceden los truenos
y relámpagos; cae la lluvia torrenciosa, los
~~relámpagos~~ rayos, en vertiginosos zig-zags
cruzan el espacio; uno de ellos cae sobre la
tierra hirviendo de muerte a varios hombres.

Ved el magistoso volcán arrojando humo
y lavar por su grande cráter. A sus faldas
se acoge un hermoso villorio y se extienden
las fértiles campiñas. Mas de pronto, las
materias igneas del volcán entran en algida
ebullición y, terriblemente, erupciona el
volcán, sembrando a su rededor la destruc-
ción y la muerte.

¿ Por qué hemos de maldecir al rayo
y al volcán, cuando debemos de culpar al
hombre por su falta de previsión o por su
impotencia para luchar contra los fenóme-

17 / nos naturales?

— Eienes razón — dijo el viejo encorbado y andrajoso — pero, cuando se quiere carti-
gar a uno de esos que tú llamas reponra-
ble de las matanzas de los pobres como
nosotros, deberiase escoger el momento oportu-
no a fin de no causar muertes inocentes.

— En que otra vez se presenta esta ocasión —
— contentó el "hombre malo". — Los despotas y
ranguinarios gobernantes siempre están
rodeados de palatinos y de lacayos, o de
parte del pueblo, abyecto y servil, que a-
plande, admira o teme a sus tiranos.

— En este momento apareció un guardia
del orden público, y, con voz imperativa,
gritó: ¿qué hacen ustedes aquí? ¡Reti-
rense!

El tejedor refutó: amigablemente y
en orden conversamos. Estamos reunidos
haciendo uso de nuestros derechos de
hombres libres. Una simpática bilandera
agregó: no hacemos escándalo ni ofen-

18 / demos a nadie.

El policía no hizo caso de estas razones, y, cual perro rabioso, haciendo uso de la original y simbólica "vara de la ley", la emprendió a palos contra la multitud. Mas, como fuera impotente para dispersar a los obreros, llamó, con su silbato, a otros policías, y entonces procedieron a aprehender a los resistentes, mientras los más se dispersaron dejando oír sus protestas.

El "hombre malo" quedare solo, y, estóticamente, mirando el aburro contra gente indefensa, se retiró diciéndome:

"A esto queda reducido los derechos del Hombre, proclamados por la Revolución Francesa y garantizados por la Constitución de este país. ¡¿ pensar que tantos sacrificios y tanta sangre costaron las conquistas de esos derechos !

Yo no pude menos que estrecharle sus manos. Y, desde entonces, soy su

19 amigos y compañero. I, con la fe en el
triunfo de la verdadera libertad y con la
luz del ideal en nuestro cerebro y lleno
de amor por las causas nobles nuestro
corazón, seguimos nuestro camino de
visionarios del Futuro anárquico, so-
ceando nuestro Ideal que proclama
para todos la intangible libertad indi-
vidual y reclama, de todos, el sagrado
respeto a esa libertad.

Lirio Del Monte

Febrero - 1918